

**Carlos Ocampo**  
**La ceremonia del adiós**  
***El Día*, 23 de septiembre de 1992**

La espina dorsal que sostiene el espectáculo que Pilar Medina viene presentando en el Foro del Museo Rufino Tamayo, es una pista sonora ensamblada con sensibilidad y rigor. Si, como se ha dicho, la danza de Medina es fruto cabal del mestizaje, de la consolidación de un vocabulario que tiene como soporte la trama de escuelas dancísticas y técnicas escénicas diversas, el andamio auditivo que articula su programa actual constituye una prueba patente de esto.

Desde los minutos previos al inicio formal de las coreografías hasta su conclusión, el paisaje acústico que acoge a la bailarina abarca un dilatado espectro de formas musicales. Enumero sin detallar: Grupo Almeda, Lole y Manuel, Johann Sebastian Bach, Giacomo Puccini, Miles Davis, Charlie Haden, Alice Coltrane, Jan Garbarek, Philip Glass, Strunz & Farah, Manuel M. Ponce, Luis Miguel Costero y la propia Pilar Medina.

Este espectro musical, que lo mismo se fuga a los densos acordes de Bach que a la gozosa tesitura de Strunz & Farah o a la intensidad obsesiva del minimalista Glass, documenta la capacidad adquirida por la coreógrafa para amalgamar en un todo orgánico expresiones divergentes en apariencia. *Quebranto*, *Brevedanza para un largo adiós* y *El águila dorada* se encadenan entre sí y cohesionan un convoy dancístico en el que cada uno de los vagones obra, a la vez, como una entidad autónoma y como parte de un sistema común. Para conseguir esto, la pista sonora funciona a la manera de un cemento dúctil que une las fracciones y tiende los puentes necesarios para organizar y comunicar cada danza; al interior de ellas, el sonido hilvana con un zurcido invisible los motivos que las integran.

Pero a Medina no le ha bastado la música. De la misma manera que problematiza su danza con elementos de otros saberes teatrales, a su collage musical le añade efectos que fijan climas emotivos, provocan evocaciones o refuerzan la interpretación de la ejecutante. Este telón auditivo incorpora el rumor del viento, los compases de un reloj, el martilleo del mazo sobre un yunque o el sinfónico crepitar de un ferrocarril en

movimiento. Incluso, el silencio que se abre en *Quebranto* da lugar a la irrupción del zapateado como una forma de canto que tiene como órgano de expresión no a la lengua sino a los pies de la bailarina.

Una vez que Medina despide a su *Quebranto*, esta red sonora se extiende para acoger a la *Brevedanzaparaunlargoadiós*. La oscuridad y la partitura sumergen al público en una alberca rebosante de nostalgia y deseos difusos. Cuando la bailarina reaparece, se ha despojado ya de sus anchurosos vestidos de volandas para vestir sólo malla y camiseta negras; desanudado su cabello rojizo, asume una libertad que hasta antes se le desconocía. Somos partícipes, entonces, del ritual de los adioses.

Con esta obra la coreógrafa consigue una compacta pieza poética que condensa y equilibra la pesadumbre que conllevan las rupturas amorosas con el volátil estado de gracia que concede la asimilación del dolor. De la tensión dramática y la soledad al humor pulverizado que cubre con un tenue efecto de ironía al relato, este compendio de historias amorosas que concluyen y recomienzan adquiere consistencia con una Pilar que casi gravita en escena. Una Pilar que se despide, que ofrece sus senos y su corazón, que escribe en el aire, que aguarda en un andén invisible junto a su maleta cubierta de inscripciones; una Pilar que danza sobre ese velís que guarda un inmenso pañuelo con el cual ella enjuga, con displicente gesto, un par de lágrimas antes de enredarse de nueva cuenta en la siguiente historia de amor.

*Brevedanzaparaunlargoadiós* nos coloca ante una Pilar Medina insospechada: ver a la bailarina colocándose una boina negra o quemar con la caoba de su pelo el aire o avanzar como una locomotora que se marcha liberada de los viejos amores, representa una transformación palpable. Con esta *Brevedanza* se desprende de la piel emotiva que tiñó sus producciones anteriores y sutura el tajo que la separaba del estadio que alcanza hoy con *El águila dorada*.